

que dió para unirse á Dios, sólo sabré decir que desde el principio la poseyó el omnipotente.

Ahora, amados de mi corazón, ¿qué haría Dios cuando vió aquellas graciosas primicias de su escogida? ¿Qué haría cuando escuchó la encantadora voz y los dulces gemidos de esta preciosa tórtola? ¿Qué haría cuando se sintió penetrar de sus afectos? Tened presente que estoy hablando como habla el hombre grosero y estúpido. A mí me parece que si se sintió movido á arrepentimiento, á indignación, á cólera, por haber criado al hombre, y para destruirlo puso en alarma todo lo que había criado para provecho y honor del hombre; así también al ver á esta niña tan hermosa, tan agraciada, se llenó de tanta complacencia, se agradó tanto de la obra de sus manos, que acababa de salir á luz, que movió todo lo criado para que la glorificara y le diera honor y bendición. Y desde ese instante, como única en quien tenía sus delicias y á quien sólo quería atender, comenzó á dirigirle sus ternuras y sus caricias. Sagradas bodas se celebraron en este momento en el cielo; Dios, como esposo enamorado, la llama su paloma, su inmaculada, su perfecta, su única, su amiga, su hermana. Mi hermosa, le dice, mi dulce, mi graciosa, has herido mi corazón, has arrebatado todo mi amor.

Pero ¿cómo no se había de complacer Dios en esta niña? ¿Cómo no se había de agradar en ella? Su cuerpo era delicado y bien formado, su llanto era amabilísimo, sus miradas hermosísimas y su rostro estaba lleno de gracias. Su alma era la alegre habitación de la paz y de la tranquilidad; no había en ella pasión que se pudiera encender, ni germen de pecado que la pudiera rebelar. No se hallaban en su entendimiento tinieblas ni de ignorancia ni de error; era rectísima su voluntad; y sin dureza, ni malicia, ni inclinación la más mínima á objeto alguno que no fuera puro y santo; su razón iluminada é inclinada á lo sólo verdadero, su corazón sólo ocupado y oprimido del sumo bien; sus sentidos purísimos,

castísimos, inmaculados..... ¿Cómo no se había de complacer en ella el Rey de los siglos? Todas las criaturas se habían rebelado en contra de su poder; los ángeles no se quisieron sujetar á sus disposiciones; el hombre quebrantó un pequeño precepto que le impuso: sólo María, en el acto primero de su vida lo obedece, ¿cómo no la ha de amar? Por esto la llama su querida, su amada y su amiga; por esto, amados oyentes, la llenó de gracias, virtudes y dones; por esto la eligió por madre, pues ni en los ángeles ni en los hombres halló una que tanto lo hubiera amado.

Si Dios, pues, si el mismo Dios se complace, se agrada en María, ¿qué debemos hacer nosotros? Si el mismo Dios celebra sus gracias y la llama su hija, su madre, su esposa, ¿qué haremos nosotros? Nada hacemos con llamarla estrella de la mañana, aurora, luna y sol; nada al compararla con las cosas más preciosas; nada al poner sobre nuestros cuellos cadenas en señal de que queremos ser sus esclavos; nada, en fin, con estar postrados á sus pies. Más gloria, más alabanza merece María: el mismo Dios la celebra y se complace y se agrada en ella. El mismo Dios excita á todos los ángeles á que le entonen nuevas alabanzas por haber criado á María. ¿Qué más? María es hija de Dios, madre de Dios y esposa de Dios... Aunque nada valgan nuestras alabanzas, ¿no deberá María ser el objeto de ellas? ¿No debemos tributarle obsequios y adoraciones? ¿No deberá ser la única que ocupe nuestro corazón? María, querida del Altísimo, amada del Altísimo, amiga del Altísimo, templo, sagrario de la Beatísima Trinidad, ¿no será amada y querida de los hombres? ¿No resonará su nombre por todas partes? ¿No la alabaremos en el día y en la noche? Sí, amados oyentes, el nombre de María debe quedar desde hoy hasta el último instante de nuestra vida grabado en nuestros corazones. Dichosos una y mil veces, dichosos si lo invocais en todas las horas y momentos de vuestra vida; pero mucho más dichosos si la última palabra que pronunciais

es ésta, dulce, amable y tierna: ¡María! Porque María entonces tomará vuestra alma y la presentará al Divino Juez, y le dirá: Yo ruego por esta alma, y así pido que no sea condenada. Amados hermanos, ¿cuál será nuestra gloria si vemos nuestra alma en manos de María? Para que así sea, concluyamos con San Agustín. Acuérdate.....

PLATICA
SOBRE EL ESCAPULARIO

TRADUCIDA DE "LE CURÉ" DE CAMPAGNE

PARA EL

SERMONARIO MEXICANO

POR SU EDITOR

EN NOMBRE DEL PADRE, DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO, AMEN

*Gaudebo in Domine..... quia induit me
vestimentis salutis et indumento justitiae
circumdebit me.*

Isai., LXI, 10.

Hermanos míos muy amados:

El profeta Isaías mereció, según nos enseña la Escritura, que un serafín purificase sus labios (1) para que pudiese anunciar dignamente al mundo á la Madre del Redentor y predecir á los hijos de los hombres la poderosa protección que encontrarían en la Virgen Inmaculada. "Me regocijaré, exclama, me regocijaré en el Señor, por-

(1) Isaías, VI.